

Diferentes perspectivas acerca de la personalidad en la niñez

Different perspectives on children's personality

MARÍA CRISTINA RICHAUD DE MINZI¹

RESUMEN

En el presente trabajo se discute acerca de cómo se define la personalidad en los niños. Existe un creciente reconocimiento de que los constructos de personalidad y temperamento se superponen y que las diferencias temperamentales tempranas son sustratos de la personalidad. Si se define el temperamento como las diferencias individuales constitucionales en la reactividad y autorregulación, existe una personalidad desde que el niño nace y ésta es hasta cierto punto estable en el tiempo. Sin embargo, los teóricos del desarrollo reconocen que el contexto en el que el individuo actúa afecta la forma en que los subsistemas biológico y psicológico funcionan e interactúan uno con otro. Desde que las personas influyen sobre su medio ambiente, los factores de personalidad aumentan o disminuyen las características de los contextos y éstos a su vez retroalimentan y afectan a la personalidad. A pesar de la importancia teórica de los efectos interaccionales existe poca evidencia empírica en la bibliografía acerca de esta problemática y esto se debe fundamentalmente a razones metodológicas. Se analizarán diferentes formas de evaluar la personalidad en los niños y las dificultades que obstaculizan el estudio de la interacción.

Palabras clave:

Personalidad. Niños. Evaluación.

1. Dra. en Psicología. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. CIIPME. Tte. Gral. Perón 2158, 1040 Buenos Aires, Argentina. Fax 54 11 49533541. E-mail: minzi@ciudad.com.ar

ABSTRACT

In the present work, the definition of children personality is discussed. There is increasing recognition that the constructs of temperament and personality overlap, and that early temperamental differences are the substrate of personality. If temperament is defined as individual differences in reactivity and self-regulation, there exists a personality since the childbirths and it is to certain extent stable throughout the time. However, developmentalists recognize that the way biological and psychological subsystems function and interact with one another is affected by the context in which the individual is operating. Since people influence their environments, personality factors contribute to the contexts, which in turn feed back to affect personality. In spite of the theoretical importance of the interactional effects there exists little evidence with regard to this problem especially due to methodological reasons. Different approaches to children personality assessment and the difficulties to interaction study will be analyzed.

Key words:

Personality. Children. Assessment

INTRODUCCIÓN

La personalidad ha sido desde siempre difícil de definir, evaluar y medir y más aún cuando se trata de los niños. Incluso en algunos momentos se ha hablado de que los niños no tenían una personalidad definida y que la misma alcanzaba su máximo desarrollo en la edad adulta, ya sea en un sentido organicista -estructuras dadas que van madurando-, conductista -procesos que se desarrollan en la interacción con el medio- o interaccionista. Creemos, sin embargo, que aparte de la teoría subyacente, una explicación acerca de por qué parecería que la personalidad no se manifiesta claramente en la niñez, surge de un problema en los métodos de evaluación que no logran captarla en toda su complejidad.

Para analizar el problema planteado deberíamos partir en primer lugar de la definición de personalidad, entendiendo por tal a la complejidad de los sistemas psicológicos que contribuyen a la unidad y continuidad en la conducta y experiencia de los individuos, ambas como son expresadas y percibidas por los individuos y por los otros (Caprara y Cervone, 2000).

La noción de personalidad puede verse desde diferentes perspectivas. Desde la perspectiva del individuo, su personalidad es el conjunto de sus atributos e inclinaciones. Estas cualidades permanentes convergen en un sentido de identidad (yo), totalidad (pensa-

mientos, sentimientos y conductas son parte de mí) y de ser único (yo soy). Desde la perspectiva del observador, la personalidad es el conjunto de características que distinguen a un individuo del otro. Las personas observan la conducta de los otros y usan estas observaciones como datos para formarse una impresión de los mismos. Estas impresiones se organizan en sistemas coherentes de creencias. Desde esta perspectiva la personalidad es un constructo social. Finalmente, desde la perspectiva del científico, la personalidad es el sistema psicológico que emerge de la interacción del individuo con el medio ambiente y que media entre el funcionamiento intrapsíquico y las transacciones persona-medio (Caprara y Cervone, 2000).

Las estructuras psicológicas de la personalidad se desarrollan gradualmente en el curso de la vida. Aunque los factores culturales y biológicos contribuyen a este desarrollo, las personas son agentes activos que también aportan al mismo, a través de sus elecciones y acciones, determinando significativamente la naturaleza de sus experiencias y la clase de personas que serán.

La personalidad es un sistema autorregulado con capacidad para el desarrollo individual y el bienestar.

La personalidad evoluciona y funciona en un proceso de interacción recíproca con el medio. Las interacciones con el mundo social son la base

para el desarrollo de las capacidades de la agencia. A medida que las personas se desarrollan, aumentan las capacidades personales que le dan un mayor control sobre sus propias experiencias.

A lo largo de la historia del estudio de la personalidad, se ha puesto el énfasis en diferentes aspectos de la misma dando lugar al mismo tiempo a distintas formas de medirla.

Las primeras y más difundidas teorías de la personalidad son las del rasgo. Rasgos: son constructos psicológicos que corresponden a tendencias promedio a mostrar diferentes clases de respuesta. Estos constructos son llamados rasgos variables disposicionales, desde que expresan la tendencia o disposición promedio de una persona a mostrar un tipo particular de respuesta.

Los rasgos están descontextualizados, es decir, se definen como tendencias globales a mostrar clases de respuestas (Funder, 1991). Por lo tanto, se refieren a consistencias en la conducta que la gente muestra a través de diferentes situaciones.

Existen diferentes opciones en la construcción de una teoría del rasgo. Entre ellas, algunos autores conceptualizan a los rasgos como tendencias surface o fenotipos sin ningún poder causal, es decir como descripciones de la conducta típica de una persona (Robins, John y Caspi, 1994; Saucier y Goldberg, 1996). En el otro extremo, los rasgos son considerados como genotipos causales (Funder, 1991,

McCrae y Costa, 1996). Estos autores consideran a los rasgos como disposiciones endógenas cuyo origen y desarrollo son independientes de la influencia ambiental.

Otra diferenciación se basa en la consideración de mecanismos biológicos. Algunos teóricos igualan las estructuras de rasgos con sistemas biológicos específicos (Cloninger, 1987; Eysenck, 1990, Gray, 1987). Según estos autores, las dimensiones de la personalidad corresponden a variaciones lineales en mecanismos fisiológicos o bioquímicos subyacentes. Otros investigadores consideran a los rasgos como constructos hipotéticos (McCrae y Costa, 1996).

Existe un creciente reconocimiento de que los constructos de personalidad y temperamento se superponen y que las diferencias temperamentales tempranas son sustratos de la personalidad (van Aken, Lieshout, Scholte, y Haselager, 2002). Si se define el temperamento como las diferencias individuales constitucionales en la reactividad y autorregulación, existe una personalidad desde que el niño nace y ésta es hasta cierto punto estable en el tiempo. Sin embargo, los teóricos del desarrollo reconocen que el contexto en el que actúa el individuo afecta la forma en que los subsistemas biológico y psicológico funcionan e interactúan uno con otro. Desde que las personas influyen sobre su medio ambiente, los factores de personalidad acentúan o diluyen ciertas caracterís-

ticas de los contextos y éstos a su vez retroalimentan y afectan a la personalidad (Caprara y Cervone, 2000).

En las teoría interaccionistas el comportamiento es visto como el resultado de " un proceso continuo de feedback multidireccional entre el individuo y las situaciones con que se encuentra" y la persona es vista como "un agente activo en este proceso de interacción" (Magnusson y Endler, 1977, p4).

Recientemente Magnusson ha enfatizado que los factores de la persona y el ambiente no son elementos separados, sino que deben ser vistos holísticamente (Magnusson, 1999). Se trata de un "sistema persona-medio" que funciona como una "totalidad" (Magnusson y Stattin, 1998).

Evaluación de la personalidad

Cuando se plantea el tema del desarrollo de la personalidad, un punto de partida común es distinguir entre determinantes biológicos y sociales. Sin embargo, no cabe un planteo que trate sobre las influencias separadas de herencia vs medio ambiente sino que es necesario analizar cómo los factores biológico y ambiental coexisten sinérgicamente.

Los fenotipos son el resultado de influencias genéticas y de sucesos que ocurren a lo largo del desarrollo. Los distintos componentes del organismo no sólo interactúan entre ellos sino también con el medio físico y

social (Gottlieb, 1992). Los intercambios entre el organismo y el medio determinan la secuencia del cambio evolutivo.

Aunque el desarrollo ha sido visto como una secuencia de pasos predefinidos por la naturaleza o las experiencias tempranas, los psicólogos han reconocido cada vez más que el desarrollo es un proceso que dura toda la vida, en el cual los individuos juegan un rol activo (Caprara y Cervone, 2000).

A partir de abundante investigación empírica ha quedado claro no sólo que hay una continuidad sustancial en la personalidad humana a lo largo del curso de la vida sino que estas continuidades no pueden entenderse a través de análisis simples que examinen las cualidades personales de los individuos. Se debe agregar además las transacciones dinámicas persona situación que contribuyen a la continuidad de la personalidad y los contextos culturales e históricos en los cuales estas transacciones ocurren. La noción tradicional de desarrollo asociado a la edad o basado en estadios, ha probado ser inadecuada. Las personas no se desarrollan de acuerdo a una agenda prefijada, sino que lo hacen a través de trayectorias de vida que son influidas por oportunidades y presiones sociohistóricas y culturales.

Por otra parte, las personas tienen el potencial de contribuir a su desarrollo. Con el aumento de la edad, las capacidades cognitivas y la experien-

cia de vida, las personas desarrollan mayores capacidades para la autorregulación. (Caprara y Cervone, 2000).

Desde este punto de vista, creemos que la personalidad del niño existe desde que nace y que no es una personalidad en formación, en el sentido de algo inacabado que debe cumplir una serie de pasos para llegar a una determinada personalidad adulta, aunque sí en evolución continua por los permanentes cambios recursivos persona ambiente que le confieren dinamismo durante toda la vida.

Todos nacemos con al menos algunas vulnerabilidades y capacidades. Sin embargo, sería imposible predecir cómo será ese niño en el futuro. Por ejemplo, el funcionamiento del niño pequeño no puede ser predicho independientemente de la relación cuidador-niño. Ambos, cuidador y niño pequeño aportan recursos a esta relación. Los cuidadores saludables con ventajas educativas y económicas, con apoyos válidos intra y extra familiares están en mejores condiciones de proteger al niño pequeño de situaciones estresantes y de un medio sobreexigente y promueven un desarrollo saludable proveyendo la estimulación cognitiva y el apoyo emocional. El niño con recursos innatos aporta a la relación cuidador-niño, la capacidad para iniciar interacciones recíprocas. Un niño de tales características puede ser hasta capaz de obtener tranquilidad y apego seguro de un cuidador ansioso. Un niño vulnerable, por otra parte,

tiene mayores probabilidades de lograr un desarrollo normal si tiene un cuidador resiliente (Poulsen, 1993).

La capacidad para evaluar las acciones se desarrolla tempranamente. En el segundo año de vida los niños reconocen que algunas acciones les significan la aprobación de sus padres mientras que otras merecen desaprobación (Kagan, 1998b). Kagan afirma que las autoevaluaciones son procesos cognitivos relativamente complejos que requieren la integración de múltiples habilidades. Se debe ser autoconciente, conciente de los sentimientos y pensamientos de los otros, capaz de aplicar categorías evaluativas a sí mismo, capaz de reflejar las acciones pasadas de uno mismo y capaz de reconocer que una acción podría haber sido evitada y que podría haber realizado acciones alternativas. Esta combinación de capacidades, y sistemas motivacionales que involucran la autoaprobación y el autocastigo son exclusivamente humanas y comienzan a desarrollarse desde muy temprano (Bandura, 1986; Kagan, 1998).

¿Qué es entonces lo que ha determinado que durante tanto tiempo se haya pensado que el niño no tenía una personalidad definida o no experimentaba soledad o tristeza, etc.? Creemos que fundamentalmente existe un problema de método. ¿Cómo evaluar estilos de funcionamiento psicológico, emociones, relaciones interpersonales, en personas que no manejan el lenguaje, que mantienen la aten-

ción breves períodos de tiempo, que cambian constantemente de intereses, que les cuesta permanecer quietos en un lugar?

Justamente aquello que más se ha estudiado en el contexto de la personalidad infantil es lo que permanece a través del tiempo, el temperamento o el rasgo (Buss y Plomin, 1984; Eysenk, 1990; Costa y McCrae, 1992). En general estas teorías se expresan a través de autoinformes que además de implicar una determinada edad en que pueda manejarse el lenguaje, presentan el problema de "confundir el lenguaje que una persona utiliza en sus construcciones de la experiencia social con los constructos científicos que pretenden describir, explicar y predecir la conducta humana." (John, Golberg y Angleitner (1984 p 86). Los propios McCrae y Costa (1985) han expresado reservas acerca de las hipótesis lexicográficas. "El argumento de que la personalidad es exhaustivamente capturada por la evolución del lenguaje natural es atractivo pero no probada. Se podría argumentar que la investigación de los psicólogos en el siglo pasado ha cubierto importantes aspectos de la personalidad que no fueron codificados en el lenguaje. Nadie podría suponer que un análisis de términos comunes del idioma inglés para partes del cuerpo proveerían una base adecuada para la ciencia de la anatomía, por qué la personalidad debería ser diferente?" (p.711). De allí inclusive, y esto lo hemos obser-

vado al construir un Cuestionario de personalidad infantil basado en el modelo de Costa y McCrae (Lemos de Ciuffardi, 2001), parecería que los niños tienen una personalidad más simple, sin tantas facetas como la adulta, cuando en realidad esto surge de la incapacidad de los niños de expresar y percibir determinados matices del comportamiento que responden a determinados constructos psicológicos. Por ejemplo, fue imposible separar dentro del factor *Extraversión* la faceta asertividad/dominancia, cuando de la observación realizada por cualquier psicólogo experto surge claramente que es una característica que se da en los niños.

Por otra parte, estos cuestionarios se basan en lo que Cattell (1946) denominó técnica R o enfoque "centrado en la variable". El propio Cattell reconoció que si bien este enfoque es importante existen otras formas igualmente importantes de observar la personalidad ya que no ofrece una idea de lo que ocurre en el sistema individual ni en el proceso motivacional (Block, 1995). Finalmente, desde el punto de vista de los teóricos del rasgo, las condiciones de la vida cambian pero los rasgos permanecen constantes. Sin embargo, el contexto parece ser necesario para una descripción detallada, una comprensión amplia y una adecuada predicción (MacAdams, 1992).

Rothbart define el temperamento como las diferencias individuales en

reactividad y autorregulación, que se supone tienen una base constitucional (Rothbart, Ahadi, y Evans, 2000; Rothbart y Derryberry, 1981).

La reactividad se refiere a la excitabilidad y velocidad de respuesta de los sistemas fisiológico y comportamental del individuo, mientras que la autorregulación se relaciona con los procesos nerviosos y comportamentales que tienden a modular la reactividad subyacente (Rothbart y Derryberry, 1981, p.40).

Block y Block (1980 a p. 43) utilizan la técnica Q basada en el sujeto y describen globalmente el control del yo como el control del impulso, que es definido como sobrecontrol, cuando existe una "excesiva impermeabilidad de los límites que resulta en el control del impulso, postergación de la gratificación, inhibición de la acción y el afecto y aislamiento de los distractores del medio" y como sub-control, cuando existe una "excesiva permeabilidad de los límites y sus consecuencias, modulación insuficiente del impulso, incapacidad para postergar la gratificación, expresión inmediata y directa de motivaciones y afectos y vulnerabilidad a los distractores del ambiente". Los mismos autores definen la resiliencia del yo como la "capacidad dinámica de un individuo para modular su nivel de control en alguna dirección, como una función de las demandas características del contexto ambiental" (p.487).

Cantor (1990) indica que los inventarios de rasgos cubren bien el lado

"tener" de la personalidad, "explicando una estructura disposicional subyacente a las diferencias individuales, a los atributos que los individuos "tienen" (p.735). Pero los factores generales dicen poco acerca del lado "hacer", acerca de cómo las disposiciones se expresan cognitivamente y son mantenidas en la interacción social. Para examinar el "hacer", los psicólogos de la personalidad deberían focalizarse en unidades de nivel medio como esquemas, tareas y estrategias.

Para Cantor la personalidad cambia y se desarrolla a través del tiempo como producto del contexto, pero este cambio ocurre en el nivel del "hacer" más que en el del "tener".

En el caso de los niños muy pequeños la forma privilegiada de estudiar la personalidad es la observación científica pero nuevamente aquí teniendo en cuenta diferentes observadores, distintos contextos, situaciones de interacción -relación madre-bebé, padre - bebé, maestra- bebé- (Oiberman, 1992, 1999), que nos permitan conocer no cómo es sino cómo funciona.

También se tiene una idea integrativa de la personalidad a través de técnicas de estímulos inestructurados con buenas propiedades psicométricas como la Técnica de Manchas de Tinta de Holtzman, que permite observar cómo van cambiando los procesos cognitivos, afectivos y sociales durante el desarrollo del niño ya que, a pesar de ser un técnica de base factorial, integra

todos los factores hallados en un perfil dinámico en el que el significado de cada una de las partes depende de la conformación del resto (Richaud de Minzi, Sacchi, 1984, 1989, 1991, Sacchi, Richaud de Minzi, 1988, 1989).

Sería interminable nombrar los diferentes métodos que intentan evaluar la personalidad o diferentes aspectos de la misma, algunos más estrictos otros no tanto, algunos con resultados más exitosos y otros con menos, pero todos, a nuestro criterio con una visión parcial del problema.

En síntesis, creemos que la personalidad es un sistema dinámico, autorregulado, que se desarrolla en relación recíproca con el medio y que incluye al mismo tiempo factores disposicionales, culturales y sociohistóricos. Este sistema donde los factores biológico y ambiental coexisten

sinérgicamente evoluciona a través de la trayectoria de la vida, pero comienza en el mismo momento en que la vida comienza.

Existen diferentes modos de estudiarla, basados en otras tantas perspectivas teóricas, pero nos parece necesario con el fin de acercarnos cada vez más a una evaluación válida, utilizar distintas técnicas que confluyan en una visión más integradora y compleja (cómo es el niño, cómo funciona, qué siente, cómo se relaciona) con una capacidad predictiva más eficaz que la lograda hasta ahora. No parece haber una forma única de abordar el estudio de la personalidad infantil, sino que la naturaleza misma de nuestro objeto de estudio parece demandar diferentes aproximaciones para llegar a una síntesis más adecuada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall
- Block, J. (1971). *Lives through time*. Berkeley, CA: Bancroft Books.
- Block, J. (1995). A contrarian view of the five factor approach to personality description. *Psychological Bulletin*, 117, 187-215
- Block, J. H. y Block, J. (1980). The role of ego-control and ego-resilience in the organization of behavior. En W. A. Collins (Ed.), *Minnesota Symposium on Child Psychology*, vol 13, 39-101. Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Buss, A. H. y Plomin, R. (1984). *Temperament: Early developing personality traits*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Caprara, G. V. y Cervone, D. (2000). *Personality: Determinants, dynamics and potentials*. Nueva York, NY: Cambridge University Press.
- Cantor, N. (1990). From thought to behavior: "Having" and "doing" in the study of personality and cognition. *American Psychologist*, 45, 735-750.
- Cattell, R. B. (1946). *Description and measurement of personality*. Yonkers, N.Y.: World.
- Cloninger, C. R. (1987). A systematic method for clinical description and classification of personality variants. *Archives of General Psychiatry*, 44, 573-588.
- Costa, P. T. y McCrae, R. R. (1992). Four ways five factors are basic. *Personality and individual differences*, 13, 653-665.
- Eysenck, H. J. (1990). Biological dimensions of personality. En: L. A. Pervin (Ed.), *Handbook of personality. Theory and research* (pp. 244-276). Nueva York: Guilford.
- Funder, D. C. (1991). Global traits: a neo-Allportian approach to personality. *Psychological Science*, 2, 31-39.
- Gottlieb, G. (1992). *Individual development and evolution*. Nueva York: Oxford University Press.
- Gray, J. A. (1987). *The psychology of fear and stress*. Nueva York: Cambridge University Press.
- John, O. P., Golberg, L. R. y Angleitner, A. (1984). Better than the alphabet : Taxonomies of personality-descriptive terms in English, Dutch and German. En H. Bonarius, G. Van Heck, y N. Smid (Eds.), *Personality psychology in Europe: Theoretical and empirical developments* (pp.83-100).Lisse, the Netherlands: Swets and Zeitinger
- John, O. P., Pals, J. L. y Westenberg, P. M. (1998). Personality prototypes and ego development: Conceptual similarities and relations in adult women. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 1093-1108.

- John, O. P. y Srivastava, (1999). The big five factor taxonomy. History, measurement and theoretical perspectives. En L. A. Pervin y O. P. John (Eds.), *Handbook of personality: Theory and research* (pp.102-138). Nueva York: Guilford.
- Kagan, J. (1998). *Three seductive ideas*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Lemos de Ciuffardi, V. (2001). *Análisis crítico de la evaluación de la personalidad infantil a través del enfoque de los Big Five*. Actas de la 8ª reunión Nacional de la Asociación Argentina de Ciencias del Comportamiento. Santa Fe, Rosario, Argentina, setiembre de 2001.
- Mc Adams, D. P. (1992). The five-factor model in personality: A critical appraisal. *Journal of Personality*, 60, 329-361.
- Magnusson, D. (1999). Holistic interactionism: A perspective for research on personality development. En L. A. Pervin y O. P. John (Eds.), *Handbook of personality: Theory and research* (segunda edición, pp. 219-247). Nueva York: Guilford.
- Magnusson, D. y Endler, N. S. (Eds.) (1977). *Personality on the crossroads: Current issues in interactional psychology*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Magnusson, D. y Stattin, H. (1998). Person-context interaction theories. En W. Damon (Series Ed.) y R. M. Lerner (Vol Ed.), *Handbook of child psychology* (5ta edición) Vol. 1: Theoretical models of human development (pp. 685-760). Nueva York: Wiley.
- McCrae, R. R. y Costa, R. T. (1996). Toward a new generation of personality theories: theoretical contexts for the five factor model. En J. S. Wiggins (Ed.), *The five factor model of personality. Theoretical perspectives* (pp.51-87). Nueva York: Guilford.
- Oiberman, A. (1992). Observación de la relación madre-bebé. *Interdisciplinaria*, 11, 1, 21-41.
- Oiberman, A. (1999). Técnicas de observación de la relación madre-hijo. Un estudio preliminar. *Interdisciplinaria*, 16, 1, 1-18.
- Poulsen, M. K. (1993). Strategies for building resilience in infants and young children at risk. *Infants and Young Children*, 6 (2), 29-40.
- Richaud de Minzi, M. C., Sacchi, C. (1989) Respuestas Populares en niños argentinos. *Boletín Argentino de Psicología*, 2 (6), 7-9.
- Richaud de Minzi, M. C. y Sacchi, C. (1984) *Respuestas Populares y Universales al HIT en niños* - Actas del XXIII Congreso Internacional de Psicología, Acapulco, Méjico, setiembre de 1984.
- Richaud de Minzi, M.C., Sacchi, C. (1991) Popular Variable: different ways of perceiving the world. *Perceptual and Motor Skills*, 72, 67-72.
- Robins, R. W., John, O. P. y Caspi, A. (1994). Major dimensions of personality

- in early adolescence. The big five and beyond. En C. F. Halverson Jr., G. A. Kohnstamm y R. P. Martin (Eds.), *The development structure of temperament and personality from infancy to adulthood* (pp.267-291). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Robins, R. W., John, O. P., Caspy, A., Moffitt, T. E. y Stouthamer-Loeber, M. (1996). Resilient, overcontrolled and undercontrolled boys: three replicable personality types. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 157-161.
- Rothbart, M.K., Ahadi, S.A. y Evans, D.E. (2000). Temperament and personality: origins and outcomes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 122-135.
- Rothbart M. K. y Derryberry, D. (1981). Development of individual differences in temperament. En M. E. Lamb y A. L. Brown (Eds.), *Advances in developmental psychology*. Vol 1, 37-86. Hillsdale, N. J. : Erlbaum.
- Sacchi, C., Richaud de Minzi, M. C. (1988) Relación entre integración social y personalidad. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 34 (2), 135-141.
- Sacchi, C., Richaud de Minzi, M. C. (1989) The Holtzman Technique in pre-adolescent personality. *British Journal of Projective Psychology*, 34 (2), 2-11.
- Saucier, G. y Goldberg, L. R. (1996). The language of personality: Lexical perspectives in the five-factor model. En J. Wiggins (Ed.), *The five-factor model of personality* (pp.21-50). Nueva York: Guilford.
- van Aken, M. A. G., Lieshout, C. F. M., Scholte, R. H. J. y Haselager, G. J. T. (2002). Personality types in childhood and adolescence: main effects and person-relationship transactions. En Lea Pulkkinen y Avshalom Caspi (eds.), *Paths to successful development. Personality in the life course*. Cambridge: Cambridge University Press.